

la creciente irrespetuosidad con que mira sus resoluciones, basadas preferentemente en sutilezas legales y en estériles formalidades, que en los sagrados preceptos de la justicia absoluta; la sublevación de las conciencias ante tantas iniquidades y errores tantos de la administración de justicia, dan materia bastante para demostrar el completo divorcio de la ley y de la justicia.

Es ya una verdad que pasa por axiomática la de que los tribunales llamados de justicia, lejos de administrarla interpretando racional y humanamente la ley, y tomando en consideración la voluntad de los legisladores, se obstinan en una estúpida rutina jurídica, en una reprochable intransigencia, en un ciego egoísmo profesional que aspira a la infalibilidad, cerrando sus oídos a los gritos de general reprobación que día a día levantan sus errores y sus injusticias.

Hombres de una honradez privada sin mancha, no vacilan en poner su firma al calce de sentencias inicuas. Magistrados de claro talento y de grandes conocimientos en la ciencia del derecho, temen aplicar los principios de la justicia y se detienen ante una palabra escapada por distracción o por la falta en los legisladores de un perfecto conocimiento de la gramática.

La causa de ese desorden en el poder judicial es bien sencilla. Ella no es otra que el miedo que tienen nuestros hombres de la ley, instrumentos dóciles

de las clases dominantes, de que las ideas de equidad y de justicia que naturalmente existen en el cerebro de todos los hombres, aun de los más miserables e ignorantes, tomen el lugar que en la vida les corresponde, malbaratando su oficio y arrancándoles el monopolio de la justicia humana. Pues que «no puede un hombre — como dice Michelet en su «Origen del Derecho Francés» — sin ser jurisconsulto, en materia tan profundamente humana como es la del derecho, dar y pedir consejo? En Israel, los jueces que hacían justicia en las puertas de las ciudades, no eran sino los hombres de la propia ciudad. Cuando los prohombres de la Edad Media celebraban sus tribunales en un recodo de los grandes caminos, en el pórtico de una iglesia o bajo las selvas floridas, en caso de duda, llamaban al primero que pasaba: el viandante dejaba el bastón, se sentaba en medio de los demás, deliberaba con ellos y reemprendía luego su camino.» Siendo el fin único de la jurisprudencia la realización de la justicia en la tierra por medio de la interpretación racional y humana de las leyes y su acertada aplicación a todos los casos que se presenten, a nuestros jueces, que todo menos esto hacen en el ejercicio de sus funciones, les son perfectamente aplicables las palabras de Heineccio: «Hombres de esta casta no merecen llamarse jurisconsultos, sino buitres togados, peste de la República, tanto peores que los mismos ladrones cuanto que roban impunemente escudados con la justicia.» Así la justicia ha de-

jado de ser accesible para el pobre que no paga abogados porque carece de recursos, quien tiene que soportar todas las injusticias sin medio alguno para repararlas como no sea por su propia mano, en cuyo caso el rigor de la ley cae sobre él con todo su enorme peso.

En el terreno fiscal es donde la plutocracia consume su opresora dominación. Lo que ha hecho posible la propiedad de los particulares sobre inmensas extensiones de terreno, ha sido la falta de un impuesto sobre los valores de la tierra. La carga de la contribución predial ha gravitado siempre sobre la pequeña propiedad, al paso que los hacendados pagan contribuciones irrisorias. Si se publicaran los valores catastrales, como alguna vez lo propuse al Ejecutivo de este Estado de Jalisco, se sabrían cosas más irritantes que cuantas revelaciones vergonzosas haya hecho la prensa más revolucionaria.

La libertad de nuestras repúblicas en las actuales condiciones del trabajo, no es otra cosa que la libertad de buscar trabajo bajo los salarios del hambre; de aquí que el pueblo pobre sea siempre revolucionario, es decir, desee siempre la caída del Gobierno, porque su instinto y su observación diaria le dicen que los gobernantes están siempre de parte de los ricos y contribuyen a hacer cada día más pesada la carga de trabajo, de miseria y de opresión moral que soporta la clase indigente.

Bajo cualquiera forma de gobierno el trabajador será igualmente explotado, porque la única causa de

su miseria, el monopolio de la tierra, subsiste. «Hombres de Roma, decía Tiberio Graco, hombres de Roma, os llaman los señores del mundo, y sin embargo no tenéis derecho a un pie cuadrado de su suelo. Las fieras tienen sus cuevas, pero los soldados de Italia no tienen sino agua y aire.»

No quiero decir al pueblo con lo anteriormente expuesto, que se abstenga de tomar parte activa en la cosa pública; al contrario, creo que es conveniente su participación, porque su inacción dará mayor influencia a los privilegiados en los gobiernos; pero sí afirmo que todo movimiento político que no tenga por mira la emancipación económica del obrero, constituye un movimiento estéril para la causa; y que, en tal virtud, los trabajadores deben formar un partido político independiente de todos los demás partidos, que luche tan sólo por los intereses de su clase.

Ya hemos visto como los medios propuestos por los que, de buena o de mala fe, procuran siempre conciliar lo justo y lo injusto, la razón y la sinrazón, — por esas gentes que, como dice George, si vieran a un hombre a punto de ser injustamente decapitado, insisten en que lo procedente fuera cortarle los pies, — no remedian el malestar social, y como este malestar subsistirá mientras no se garantice a todos y a cada uno de los hombres el inalienable derecho al uso y disfrute de los bienes que la Naturaleza ofrece a toda la humanidad. En tal virtud, si quere-

mos sinceramente curar la enfermedad social, debemos atacar la causa que la origina: la propiedad privada de la tierra; y desechar tan tímidos como irracionales paliativos.

## CONCLUSION

No hay idea, por falsa y absurda que ella sea, que no se acepte como una verdad indiscutible cuando llega a ser una creencia común. A nadie le es dable ahora negar que la esclavitud antigua, la monarquía y la poligamia son instituciones contrarias a las leyes de la naturaleza, y sin embargo, esas odiosas instituciones se admitieron por mucho tiempo como justas y convenientes para la sociedad. Aceptamos cualquiera cosa, por el solo hecho de encontrarla vulgarizada, como si la verdad fuera patrimonio exclusivo del vulgo y no de los seres inteligentes e ilustrados por el estudio, la experiencia y la observación; y es por esto que se perpetúan la tiranía, la ignorancia, las preocupaciones y la miseria.

El pueblo se ha acostumbrado a sentir y a ver la pobreza extendida por todas partes, hasta en los países que le muestran como los más civilizados, que considera como natural, justo y razonable que los que no contribuyen a la producción ni con el cerebro, ni con las manos, vivan a expensas de los que producen la riqueza, como antes le pareció natural, jus-

ta y razonable la esclavitud, la aristocracia, la monarquía y la poligamia.

Nuestra educación burguesa enseña a los trabajadores que deben respetar y venerar a los privilegiados, y les inculca la idea de que todo lo existente es bueno porque la naturaleza señala a cada uno su lugar en la sociedad, haciendo nacer a los seres superiores como a los que están condenados a obedecerlos; les aconseja la resignación, la humildad, y les ofrece la recompensa de sus sacrificios en otra vida, a fin de calmar los espíritus sublevados ante la injusticia social y suavizar la horrible esclavitud que los oprime y envilece.

Las clases de la riqueza no transigen jamás con las clases trabajadoras, porque no comprenden o no aparentan comprender que el trabajo sea el factor principal de la producción de la riqueza y que por lo mismo debe constituir una verdadera aristocracia. La juventud huye de los talleres y se avergüenza de la posición del artesano constructor, del apóstol del progreso material de los pueblos, del representante de las conquistas de las ciencias y de las artes, del ciudadano libre y útil a su patria.

Aun los que creen profesar principios liberales y se permiten pronunciar discursos exaltados contra las costumbres antiguas y retrógradas, contra las prácticas viciosas y contra las tiranías, no saben en lo que consiste la libertad humana y nada hacen para que los derechos naturales del hombre se realicen en

toda su plenitud. En las tribunas glorifican al trabajo, pero en la vida práctica temen rebajar su dignidad tomando el martillo del obrero, símbolo sagrado de la más noble de las actividades humanas.

Sin embargo, el recuerdo, avivado por el sufrimiento, de las sabias enseñanzas del más grande, del más puro de los hombres que murió en la cruz por «agitador» y «comunista», al elevar la conciencia de la humanidad doliente, hace nacer en ella un sentimiento más claro de la injusticia que causa sus dolores.

El cristianismo ha grabado en nuestros corazones con caracteres indelebles los sentimientos de libertad, de igualdad y de fraternidad universales; sentimientos que impulsaron inconscientemente a los hombres del 93 en Francia a libertar al pueblo de su esclavitud política, y que ahora inspiran a los defensores del proletariado para abolir la esclavitud económica.

El privilegio, la miseria al lado de la riqueza, el consorcio de la desgracia con el bienestar y la felicidad, que vemos a nuestro derredor, han sido condenados ha mucho tiempo por el ideal evangélico; recordemos la severa metáfora del camello y del ojo de la aguja; tengamos presente el mandamiento de amar al prójimo como a nosotros mismos; leamos sin prejuicios las profecías del Antiguo Testamento y del Evangelio. «El pobre lo tendrás siempre contigo», dijo Cristo. «Cuán a menudo han sido falseadas estas

palabras en su patente significación, para calmar la conciencia en su asentimiento de la miseria y degradación humanas, para apoyar la verdadera negación de las enseñanzas de Cristo; que la Suprema Sabiduría y Misericordia del Padre Eterno, ha decretado que tantas de sus criaturas han de ser pobres, en tanto que otras de sus criaturas para las que El destina las dichas de la vida, han de gozar de la satisfacción y la virtud de repartir limosnas.» [GEORGE.]

Llamamos insensato al que niega la existencia de Dios; pero qué calificación merece el que blasfema llamándole autor de tanta injusticia.

En todo cristiano que haya meditado sobre las enseñanzas de su Maestro existe siempre una tendencia a igualar las condiciones de los hombres; y ya las masas empiezan a quitarse la venda que les pusieron los privilegiados, y ven, no ya la injusticia de Dios, a quien creían autor despiadado de sus desdichas, sino la injusticia de los hombres que se han apropiado los bienes que la naturaleza ofrece a todos, por el simple hecho de su existencia. Por doquiera se observa a las clases productoras organizarse para la lucha y reivindicar más abiertamente sus derechos. Sus gritos de protesta, sus huelgas, sus meetings, sus discusiones públicas y sus periódicos que proclaman la renovación social y la abolición del privilegio, han dado a conocer a los poderosos el avance del proletariado hacia su libertad. Estos han contestado a esas justas reclamaciones, con persecuciones, con

opresión, con encarcelamientos y aun con el asesinato de los que llaman los agitadores del pueblo, y que no son otra cosa que los apóstoles de la verdad realmente evangélica de la emancipación del proletariado; pero sin que estas medidas de crueldad y de violencia les haya dado el resultado apetecido, pues no han logrado impedir el despertar de la opinión y el progreso de las ideas, ni lograrán evitar que en un futuro tal vez no muy remoto, a la revolución en las conciencias, siga la acción justa que establezca el estado de justicia sobre las ruinas del presente. Es por esto que la gran tarea y la más sagrada obligación de los que hemos formado un juicio claro acerca de las causas y remedios de los males sociales consiste muy principalmente en la propaganda de las ideas; pero en el cumplimiento de tan santa misión debemos tener siempre presentes las palabras de Mazzini a las clases trabajadoras de Italia: «¡Hermanos trabajadores! cuando Cristo vino a cambiar la faz del mundo, no habló de derechos a los ricos, que no necesitaban obtenerlos; ni a los pobres, que, sin duda, hubieran abusado de ellos en imitación de los ricos; no habló de utilidad ni de interés, a un pueblo al que la utilidad y el interés habían corrompido; habló de deber, habló de amor, de sacrificio y de fe; y dijo que entre todos serían los primeros los que hubiesen contribuido más, por su trabajo, al bien de todos.»

Y las palabras de Cristo soplaron en los oídos de una sociedad en la cual toda verdadera vida estaba

extinguida; la llamó de nuevo a la existencia, conquistó millones, conquistó el mundo, y fué causa de la educación de la raza humana, para ascender un escalón en la escala del progreso.

¡Trabajadores! vivimos en una época semejante a la de Cristo. Vivimos en medio de una sociedad tan corrompida como la del imperio romano, sintiendo en lo más íntimo de nuestras almas la necesidad de reanimarla y de transformarla y de unir a todos sus diversos miembros en una sola fe, bajo una sola ley, en una sola aspiración: el libre y progresivo desarrollo de todas las facultades de las cuales ha dado Dios el germen a sus criaturas. Busquemos el reino de Dios en la tierra así como en el cielo, o mejor dicho, que la tierra pueda hacerse una preparación para el cielo, y la sociedad un empeño tras la progresiva realización de la divina idea.

Cada acto de Cristo era la visible representación de la fe que predicaba; y en torno de él estaban los Apóstoles, que encarnaban en sus acciones la fe que habían aceptado. Imitadlos, y venceréis. Predicad el deber a las clases que os rodean, y cumplid, en tanto, cuanto en vosotros esté, vuestro deber propio. Predicad la virtud, el sacrificio y el amor; y sed vosotros mismos virtuosos, amantes y prontos para el propio sacrificio. Decid vuestras opiniones atrevidamente y haced conocer vuestras necesidades sin temor, pero sin acritud, sin reacción y sin amenazas. La más fuerte amenaza, si verdaderamente hubiese,

esos para quienes es necesaria, será la firmeza y no la irritación de vuestros discursos. «Luchad» y morid si es preciso en defensa del ideal de redención y de libertad humana, agrupados alrededor de vuestra roja bandera y lanzando a los privilegiados el grito de reto supremo: «Tierra libre.»

A MI HERMANO

EL CAMPESINO



que para quienes se preparan, con la firmeza y no la  
 irritación de nuestros discursos, luchados y no por  
 el precio en el ideal de redención y de li-  
 bertad humana, arruinados albedor de nuestra toja  
 bandera y lanzando a los parientes el rito de re-  
 to supremo: «Tercera parte».



HERMANO  
EL CAMPESINO  
A MI HERMANO  
EL CAMPESINO





A MI HERMANO

EL CAMPESINO



---

---

...esto es lo que te digo a ti, no lo hagas extensivo  
a otros que se creen también cultivadores del suelo.  
Y que no lo sea en el campo. Quiérense con esas an-  
tiguas tradiciones del campo los que han nacido  
de grandes señores. Al venir al mundo se les coloco-  
en los brazos y en el pecho el escudo de la nobleza y  
el título de noble y otros honores y otros privile-  
gios. Pero el campesino, el campesino, el campesino  
nada tiene, nada tiene, nada tiene. El campesino  
es un hombre, un hombre, un hombre. El campesino  
es un hombre, un hombre, un hombre. El campesino  
es un hombre, un hombre, un hombre.

A MI HERMANO

EL CAMPESINO

—¿Es cierto—me has preguntado—que tus com-  
pañeros, los obreros de la ciudad, quieren despojar-  
me de la tierra, de esta hermosa tierra que yo amo,  
que me produce doradas espigas, ciertamente tras  
mucho trabajo, pero que, sin embargo, me las pro-  
duce? Ella ha mantenido a mi padre y a mi abuelo,  
y mis hijos hallarán en ella un poco de pan. ¿Es de-  
cir que tú quieres desposeerme de esta tierra, arro-  
jarme de mi cabaña y mi huerto?

—No, hermano mío, no es cierto. Puesto que es  
tuyo el suelo y eres tú quien lo cultiva, a ti solamen-  
te pertenecen sus mieses. Nadie tiene derecho, antes  
que tú, que haces crecer el pan, a comérselo en com-  
pañía de tu mujer y de tus hijos. Guarda tus cam-  
pos con toda tranquilidad, conserva tu azadón y tu  
arado para remover la tierra endurecida, separa la  
semilla para fecundar el suelo. Nada existe más sa-  
grado que tu labor. ¡Maldito mil veces quien inten-  
tè quitarte ese suelo por ti fecundado!



Pero esto que te digo a ti, no lo hago extensivo a otros que se creen también cultivadores del suelo, y que no lo son sin embargo. ¿Quiénes son esos supuestos trabajadores del campo? Los que han nacido de grandes señores. Al venir al mundo se les colocó en lujosa cuna, envueltos con finas lanas y ricas sedas; el cura, el magistrado, el notario y otros personajes vinieron a visitar al recién nacido como futuro propietario de las tierras. Cortesanos, hombres y mujeres, han venido de todas partes para traerles presentes, ropas bordadas de plata, brazaletes de oro; mientras le colmaban de regalos, se registraba en los grandes libros que el niño era poseedor de ríos, bosques, campos y prados. Sus propiedades se extienden desde el monte hasta el llano, y bajo la tierra trabajan para él cientos y miles de obreros. Cuando sea hombre irá tal vez a visitar lo que heredó al salir del vientre materno, o pudiera suceder que no se tomara tal molestia; pero lo que sí hará será hacer escoger y vender los productos de tierra que ni siquiera ha visto. Por todos los lados, en barcas de rivera, en buques a través del Océano o por caminos de hierro, affuirán a su casa sacos de dinero, como rentas de sus propiedades. Pues bien, cuando seamos los más y dispongamos de la fuerza ¿dejaremos que todos esos productos del trabajo humano ingresen en las cajas del heredero? ¿Nos inspirará respeto esa propiedad? No, amigos míos; tomaremos posesión de todo eso. Romperemos sus papeles y planos, destrui-

remos las puertas de su castillo, haremos nuestros sus dominios. «Trabaja si quieres comer,» diremos a esos pretendidos agricultores. «Ninguna de estas riquezas te pertenece.»

Sí, tomaremos posesión de la tierra, pero sólo la de esos que la detentan sin trabajarla, para ponerla a disposición de los que la trabajan y a quienes estaba prohibido gozar de ella. Pero no se pondrá a su disposición para que puedan explotar a otros desgraciados. La porción de tierra a la que el individuo, el grupo, la comunidad o la familia tendrá naturalmente derecho, será la abarcada por el trabajo individual o colectivo. Desde el momento que un pedazo de tierra se salga de los límites que puedan trabajarse, no tienen ninguna razón natural para reivindicarlo a su favor; su cultivo y su producto pertenece a otros trabajadores. El límite se traza diversamente entre las culturas de individuos o grupos, con arreglo a la extensión puesta en estado de producción. Lo que tú cultivas, hermano mío, es para ti, y nosotros te ayudaremos a conservarlo por todos los medios que estén a nuestro alcance; pero lo que tú no cultivas pertenece a tu compañero. Cédele un pedazo; verás como también él sabe fecundar la tierra.

¿Y si el uno y el otro tenéis derecho a vuestra tierra, cometeréis la imprudencia de continuar aislados? Cuando está solo el pequeño propietario agrícola es demasiado débil para luchar con la naturaleza

avara y el tirano demasiado malo. Si consigue vivir es por un prodigio de su voluntad. Es preciso que se acomode a todos los caprichos del tiempo y se someta en mil ocasiones a privaciones voluntarias. Que el hielo petrifique la tierra, que el sol queme, que llueva o que haga aire, debe estar siempre trabajando; que la inundación ahogue las cosechas, que el calor las calcine, no le queda otro remedio que recoger tristemente lo que quede, que no le será suficiente para vivir. Cuando llegue el día de la siembra, tendrá que privarse de comer para echar en el surco el grano con que había de hacer su pan. En medio de su desesperación sólo le queda una esperanza, la de que sacrificando una parte de sus pobres economías, después de crudo invierno y la insidiosa y traidora primavera, vendrá el ardiente verano y madurará, triplicando o cuadruplicando tal vez la cosecha. ¡Qué amor tan intenso siente hacia esa tierra que tanto le hace pensar por el trabajo, tanto sufrir por el temor y las decepciones y tanto regocijarse cuando ve las matas ondular llenas de espigas! ¡Ningún amor es más grande que el del campesino hacia el suelo que ha roturado y fecundado, en el que ha nacido y al que volverá! ¡Y sin embargo, cuántos enemigos le rodean y le envidian la posesión de esa tierra que adora! El cobrador de impuestos tasa su arado y le toma una parte de su trigo; el comerciante le busca otra parte; el camino de hierro le priva también de transportarse él mismo sus cosechas. Por todas par-

tes se ve engañado y es inútil gritarle: «No pagues el impuesto, no pagues los réditos.» Paga, no obstante, porque está sólo, porque no tiene confianza en sus vecinos, en los otros propietarios o arrendadores que no pueden concertarse entre ellos. Se les tiene esclavos a todos por el temor y la desunión.

..... Casi siempre viven en lucha con algún señor más rico que ellos, aspirando a la posesión de este o el otro campo, de un bosque o un prado perteneciente a ellos y que resisten cuanto pueden. Si el señor fuera solo, pronto abatiría su orgullo de insolente personaje, pero como nunca está solo, tiene de su parte al Gobernador de la Provincia, al Jefe de la policía, los sacerdotes y los magistrados, el Gobierno entero con sus leyes y su ejército. Si tiene necesidad, puede disponer del cañón para ametrallar a los que fecundan el suelo que él anhela. Por eso aunque tengan la razón, cuando litigan con el señor, pueden estar seguros de que para nada les sirve. Y es inútil gritarles: «No cedan,» no tienen más remedio que ceder, víctimas de su aislamiento y debilidad.

Sí, vosotros sois muy débiles; los pequeños propietarios desunidos o no asociados en comunidades, no podéis luchar contra los que quieren esclavizaros, contra los acaparadores que ambicionan vuestro campo y contra el Gobierno que os roba los productos del trabajo haciéndoos pagar impuestos aplastantes. Si no sabéis unirlos, pronto vuestra suerte será igual a

la de millones de hombres despojados de todo derecho a sembrar y recoger, y que, desposeídos de su campo, han entrado en el ejército de los esclavos asalariados, viviendo de lo que el amo le da en forma de limosna cuando le viene bien darle trabajo. Esos jornaleros son desgraciados hermanos nuestros que han sido despojados de la tierra como tal vez lo seáis vosotros mismos mañana. ¿Hay acaso gran diferencia entre su suerte y la que os está reservada? La amenaza os alcanza ya; vuestro estado actual no es más que una prórroga que se os concede. ¡Uníos en vuestras desgracias y peligros! ¡Defended lo que os queda y conquistad lo que habéis perdido! De lo contrario será horrible vuestra suerte futura, porque vivimos en una sociedad de ciencia y método, y nuestros gobernantes, secundados por un ejército de químicos y de profesores, os preparan una organización social, en la cual todo será reglamentado como en una fábrica, donde la máquina lo dirigirá todo, y hasta los hombres no serán más que simples ruedas que se cambiarán como fierro viejo cuando intenten razonar y querer.....

.....He ahí, queridos amigos, el destino que os está reservado a vosotros los que amáis la tierra regada con vuestro sudor; a la que os sentís atraídos por una fuerza cuyo secreto os lo explica el desenvolvimiento del embrión vegetal, al romper la tierra misteriosamente con sus blanquecinos tallos. Os arrebatarán el campo y la cosecha, os cogerán a vosotros mismos

y os uncirán a cualquiera máquina, humeante y estridente, y ennegrecidos por el humo y el carbón, tendréis que balancear vuestros brazos sobre una palanca diez o doce mil veces por día, según los cálculos de vuestros tiranos. A eso llamarán agricultura. Y nada de aventuras o hacer el amor cuando el corazón os haga sentir afectos hacia una mujer, no os volváis siquiera a mirar la joven que pasa; el capataz no consiente que se defraude trabajo al patrón. Si a éste le conviene que os caséis para crear progenitura, es que serás de su agrado; tendrás el alma de esclavo que él desea; serás bastante vil para que él autorice la perpetuación de una raza abyecta. El porvenir que os espera es el mismo que el del obrero y el niño de las fábricas. Jamás la esclavitud antigua pudo tan metódicamente amasar y formar la materia humana hasta reducirla al estado de herramienta. ¿Qué queda de humano en ese ser pálido, descarnado y escrofuloso, que no respirará nunca otra atmósfera que la de humo, grasas y polvo?

Evitad esa muerte a cualquier precio, amigos míos. Conservad cuidadosamente vuestras tierras, los que tenéis alguna; es vuestra vida, la de vuestras mujeres y vuestros hijos, a quienes tanto amáis. Asociaos con los compañeros cuyas tierras están amenazadas con las vuestras por el usurero, los grandes especuladores agrícolas y los aficionados a las grandes cacerías, cuya tendencia es convertir en bosques todos los campos roturados; olvidad las pequeñas ri-

validades entre vecinos y agrupaos en comunidades en las que todos los intereses sean solidarios y cada puñado de tierra tenga como defensores a todos los miembros. Ciento, mil o diez mil seréis bastante fuertes para luchar con el señor terrateniente; sin embargo, no seréis bastante fuertes contra un ejército. Asociaos, pues, por comunidades, y que la más débil disponga de la fuerza de todas. Más aún; haced un llamamiento a los que no poseen nada, desheredados de las ciudades, a quienes tal vez os hayan enseñado a odiar y que debéis amar, porque ellos ayudarán a conservar vuestras tierras y a reconquistar las que os han quitado. Con ellos podréis atacar y destruir todas las murallas y cercos que limitan las propiedades de los grandes señores de la tierra; con ellos podréis fundar la gran comunidad de los hombres libres, en la que se trabajará con concierto para vivificar el suelo, embellecerlo, y vivir felices sobre esta buena tierra que nos da el pan. Y si no hacéis esto, todo está perdido. Pereceréis como esclavos y mendigos. «Tenéis hambre?—decía recientemente un alcalde de Argel a una comisión de humildes sin trabajo—¡pues bien, comeos los unos a los otros!»

*Eliseo Reclus.*

## ALGUNOS PUNTOS

SOBRE

# EL COMUNISMO

POR EL PROFESOR

LUIS G. MONZON

(SENADOR COMUNISTA)

México, D. F., noviembre de 1924.



Talleres Linotipográficos "Soria."—Colombia 1

MEXICO, D. F.